

# *LOS RESTOS DEL PRIMER TRASVASE DE AGUAS HISPANO*



Nos hallamos en el centro de la histórica comunidad de Albarracín, junto a su capital y a la vista del acueducto que va desde los alrededores de esa ciudad –porque Albarracín tiene el status de ciudad– hasta la cercana Cella; esa artificial vía de agua tiene unos 25 kilómetros de longitud, que no es mucho, pero ¡vaya veinticinco kilómetros! Abastecido con aguas del río Guadalaviar es, sin duda alguna, una de las obras públicas hidráulicas más importantes del Aragón romano, junto con la presa de Muel y el acueducto de Los Bañales de Uncastillo. Todas las evidencias apuntan a que comenzó a funcionar en el siglo I d. C. y estuvo activo unos mil doscientos años, hasta que en Cella se consiguió captar una fuente de agua en torno al siglo XII, precedente de su famoso ‘pozo artesiano’, otra de las obras hidráulicas señeras de Aragón pues nada menos que es el pozo artesiano mayor de Europa que sigue vivo y al que se le dedicará la atención que merece.



Aunque el *Poema del Cid* nos alerta de su existencia –“Celfa (Cella), la del canal”, dice uno de sus versos– lo cierto es que durante siglos esta obra única cayó en el olvido, excepto para los pastores de ovejas y cabras que se sirvieron de sus túneles para guardar a sus animales. La tradición le endosa al Cid la autoría del acueducto no solo por la cita aludida, sino porque su figura estuvo muy viva en la zona albarracinense por donde pasó muchas veces de camino hacia su feudo valenciano. Están vivas todavía varias leyendas sobre él, al menos en la cercana Monreal del Campo, Albarracín, Cella, Tramacastilla y Griegos, población esta última en la que el rey moro de la taifa hizo convertir en estrella a su hija para evitar que ésta viera al Cid del que estaba enamorada. Muy bonito, pero el acueducto no es cidiano.



Tampoco es de origen musulmán como tantas obras aragonesas que tienen que ver con el agua. Una leyenda que hace referencia a finales del siglo X o comienzos del XI nos quiere hacer ver que el acueducto nació en tiempos en los que Albarracín era una importante taifa califal. Es tan entrañable que no nos resistimos a reproducirla tal como la redactamos en su día. Titulada como “La piedra horadada por el amor”, dice así:

“En el tiempo en el que Albarracín era gobernada por Abú Meruán, de la familia de los Abenracín, se escribió en sus sierras una de las más bellas historias de amor que se conocen. Ocurrió que el menor de los hijos de Abú Meruán, jinete ágil y conocedor como nadie del terreno, acostumbraba a recorrer las montañas del señorío, lo que le condujo a Cella, donde el alcaide del castillo solía recibirle hospitalariamente. Fruto de estas visitas fue el amor que el joven Abenracín comenzó a sentir por Zaida, hija única del alcaide, amor que pronto se vio correspondido.

Pero aquel sueño era imposible, pues el señor de Cella tenía proyectos mejores para su hija, a quien pensaba desposar con un emir de al-Andalus, más rico y más poderoso que Abú Meruán. Éste, a quien el alcaide le debía vasallaje, apenado por el dolor de los jóvenes enamorados, envió una embajada al padre de la hermosa Zaida.

La comitiva, cargada de obsequios, fue recibida con cortesía en el castillo de Cella. Pero a la hora de tratar del enlace, el alcaide manifestó que Zaida ya estaba comprometida. Los embajadores no desistieron, temerosos de la reacción de Abú Meruán, reacción que también temía el alcaide. Por eso puso una condición que creyó imposible que pudiera ser cumplida y, por otro lado, le dejaría las manos libres, quedando a salvo su integridad. Prometió acceder al matrimonio cuando las aguas del Guadalaviar regaran los campos de Cella. Los embajadores deliberaron y, tras pensar cómo hacer realidad tan extraña solicitud, pidieron un plazo para poder acometer el prodigio, plazo que se cifró en cinco años.

Cientos de hombres trabajaron noche y día horadando la montaña que separa el Guadalaviar de los llanos entonces sedientos de Cella. Poco a poco, por las entrañas de la tierra, un acueducto –que el Cid admiraría años más tarde y que todavía es testimonio de aquel amor– lanzaría el agua clara del río encajonado a los campos abiertos de la llanada. Faltaban muy pocos días para cumplirse el plazo marcado y el agua llegó a Cella. El joven Abenracín y Zaida, la bella morica de Cella, pudieron cabalgar juntos entre los trigales nuevos de su amor”.

Aunque los musulmanes mejoraron la instalación acuosa no fueron tampoco sus creadores pues se les habían adelantado los romanos.



Lo cierto es que este canal romano, subterráneo en buena parte de su recorrido, cayó en el olvido, olvido que fue secular, pues ha durado unos ochocientos años nada menos, pues las primeras y escasas referencias modernas que tenemos de él son del siglo XIX: la de Ceán Bermúdez, en “Sumario de las antigüedades romanas que hay en España”, en 1832, o la de Federico Andrés, en 1897.

La carencia de datos motivó que los arqueólogos y estudiosos aragoneses, en general, y los turolenses, en particular, no le hicieran ni caso hasta que Aguirre Lahuerta introdujera una simple mención en su historia de Cella en 1978, pero que, no obstante, sirvió de pistoletazo de salida: Desde 1980, Eustaquio Castellano Zapater, Purificación Atrián y, sobre todo, Martín Almagro Basch, le dieron un notable impulso al conocimiento de esta obra de ingeniería única; tras este último, entre otros, los arqueólogos Jaime Vicente y Beatriz Ezquerro dieron el impulso final consiguiendo que se involucraran las instituciones lo cual fue definitivo para lograr que se acondicionaran e hicieran accesibles al público varios tramos del recorrido desde 2006.



En efecto, son accesibles y visitables varias partes del acueducto, a veces con algún pequeño esfuerzo físico y con linterna en mano. Y Gea de Albarracín es el lugar idóneo para llevar a cabo la mayor parte de la visita. En esta población –que merece un pequeño paseo por sus calles y alrededores– se ha instalado un Centro de Interpretación que da cumplida explicación de esta obra magnífica y en cuyos alrededores se puede acceder a dos o tres escenarios singulares: galerías subterráneas, pozos de respiración, tramos al aire libre... Luego, tras un corto recorrido por la carretera general, se puede ir a ver el azud del que arranca el canal antes de adentrarse en la montaña; y, por último, ir a ver el tramo final ya en Cella, donde espera otro monumento fuera de serie.







En efecto, en sus altas tierras nacen los arroyuelos que inician el cauce del Tajo, con lo cual aguas aragonesas van a parar al Atlántico por Lisboa; y, por su parte, el Guadalaviar (luego Turia) conducirá sus aguas hacia Valencia, dentro de la cuenca hidrográfica del Júcar. Y aquí entra nuestro acueducto: aguas del Guadalaviar (cuenca del Júcar) fueron desviadas a Cella (cuenca del Ebro) nada menos que en el siglo I d. C.

